

EDITORIALES

Democracia en la sociedad del futuro

El interrogante es obvio: ¿pertenece el futuro más a los humanistas que a los técnicos? Aunque la planificación de la sociedad tecnocrática adolece de escasa participación popular, no hay motivo para dilemas excluyentes. Si ha habido unilateralidad, porque la tecnocracia es la mayor responsable de nuestro crecimiento sin metas, toda la ciencia y técnica disponibles a la hora de una planificación más humana, por más democrática, son bienvenidas. La clave del futuro, sin embargo, parece estar en la democracia, no en la que se proclama, sino en la que se construye piedra a piedra. Apasionamientos a un lado, es obligado reconocer, por ejemplo, que el pueblo portugués, con sus dirigentes a la cabeza, está dando pasos trabajosos y ojalá irreversibles en esta dirección, esquivando consecutivamente los extremismos de derecha e izquierda. Las convulsiones que han sacudido al país vecino no pueden juzgarse excesivamente violentas después de casi medio siglo de dictadura.

La futurología de buena ley quiere ser un ejercicio en responsabilidad, una invitación a todos los cerebros y a todos los brazos a hacer impensable el desastre probable, de continuar nuestro planeta por sus inquietantes derroteros actuales.

Sabemos quiénes toman hoy las grandes decisiones que afectarán mañana a miles de millones de vidas humanas. Los reducidos círculos de tecnócratas del Este y del Oeste que dominan la política y la economía mundial, saltan o no a la primera plana de la prensa, tienen a su servicio la inconsciencia e irresponsabilidad de nuestras mayorías silenciosas de profesionales y productores de todos los rangos. Su irresponsabilidad, sin embargo, no es ominosa, sino domesticada. El trabajo sobre la identidad tecnocrática, que se incluye en este número de la Revista, trata de llegar a la raíz estructural de esa alienación, cuyos síntomas más hirientes son la competencia o la orienta-

ción hacia el poder y el status, y cree encontrar esa raíz en la concentración de poder y de todos los privilegios que del poder derivan en la cúspide de la gran organización.

La tesis del trabajo que presentamos sobre las distintas concepciones del cambio social es que no puede hablarse de cambio profundo sin una transformación radical en el sistema de valores que sustenta la estructura social y da respuesta a las necesidades de la población. El concepto de estructura social adoptado corresponde a la línea teórica de Parsons y equivale al ordenamiento institucional y grupal total de una sociedad. Cuando un pueblo acepta, aunque sólo sea tácitamente, un determinado orden legal, lo legitima. Tal legitimación implica, a juicio del autor, que el pueblo se siente identificado con el sistema de valores vigentes. Podría añadirse que las necesidades y los valores del pueblo no son una realidad original suya, sino muy parcialmente, si se tiene en cuenta que la mayoría se encuentra culturalmente colonizada por una minoría constituida por las clases dominantes. No deja por ello de ser verdad que el pueblo participa de esos valores. Pero lo hace de forma alienada, no creativa, ya que los vive en una situación de forzosa dependencia. ¿Puede hablarse, por tanto, de una legitimación popular de la estructura social cuando falta en notable medida la conciencia de la configuración de esa misma estructura? Las clases dominantes manipulan la jerarquía de necesidades «naturales» de la personalidad, activando las necesidades de orden inferior de forma que nunca se satisfagan adecuadamente y frustrando a las clases dominadas en su intento de satisfacer necesidades de orden superior con la consecuencia nefasta de provocar fijaciones e incluso regresiones.

Habría que asegurar que en todo análisis y prospectiva del cambio sociocultural poder y conflicto tengan un peso específico como factores condicionantes de la esfera valorativa. Así, por ejemplo, en el momento actual español no nos parece aventurado diagnosticar una legitimación de la estructura política por parte de la mayoría, como tácita y absentista, fruto de una despolitización programada. No nos parecería adecuado, sin embargo, extender el diagnóstico al ordenamiento social tout court, del que la estratificación es un importante aspecto, porque ello equivaldría a ignorar las actitudes de progresiva desalienación en la base de un amplio movimiento sociocultural, en conflicto con el ordenamiento político y económico vigente y con los intereses que representa. Estas actitudes, naturalmente, se encuentran tanto dentro como fuera de las instituciones oficiales. En España, por tanto, ha habido una importante transformación de los valores tradicionales en las últimas décadas, transformación que no puede entenderse sino en la perspectiva aquí apuntada.

La conciencia de pertenencia a un determinado nivel ocupacional conlleva un cierto poder social, mediante la agrupación con vistas a la defensa de intereses comunes. La futura clase rectora y dominante en la sociedad post-industrial parece será la de los profesionales y técnicos que están tomando conciencia de su estado asalariado y alienado. Otro de los trabajos incluidos en este número de «Revista de Fomento Social» toma el pulso a la evolución de este sector ocupacional que ha sido llamado una «nueva clase obrera». Quizá su aparición, sin embargo, no signifique el declive irreversible de la clase obrera tradicional, sino más bien una suma de fuerzas en la práctica anticapitalista de clase. Según Bottomore, la hostilidad frente a las manifestaciones negativas de la cultura capitalista—decaencia e inhumanidad de la vida urbana, deterioro irreversible del paisaje, agotamiento de los recursos naturales, escepticismo respecto de la calidad de la vida de la sociedad de consumo, etc.—está presente y de manera creciente en la clase obrera tradicional. A ella contribuye, según el mismo autor, la conciencia de la desigualdad económica, la discrepancia entre las condiciones de trabajo y el ambiente en que se desenvuelve el trabajador en sus horas de ocio, especialmente por lo que toca a la responsabilidad y posibilidades de autoexpresión, lo que entraña una falta de totalidad psíquica, privilegio de las clases dominantes.

No parece que la tesis del ocaso de las ideologías—ella misma ideológica—haya encontrado eco en los sectores más activos del mundo trabajador y de sus aliados intelectuales. Es cierto, sin embargo, que las condiciones económicas más satisfactorias, tanto en el Este como en el Oeste, hacen avanzar más lentamente la toma de conciencia de clase y la actividad organizada de la clase obrera nueva y tradicional. Pero esta lentitud no justifica la adopción de un concepto reduccionista de clase social que equivalga a un espectro de inconexos grupos de intereses. Se descartaría con ello uno de los más valiosos instrumentos del análisis teórico-práctico de la dinámica social. Tal toma de posición equivaldría a bajar las armas ideológicas antes de que termine la lucha, por caer en el espejismo de creer que el poder ya está equitativamente distribuido y que la democracia social y económica ya es algo más que una meta necesaria e ideal a alcanzar en un distante futuro.